LAS CATÁSTROFES NATURALES Y EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO

Javier Arce
CSIC, Madrid

El cronista Hydacio narra así, para el año 456, la destrucción y saqueo de Braga (*Braccara Augusta*): "Con su ejército, el Rey Teoderico se dirigió a *Braccara*, la ciudad más extensa de la *Gallaecia*, y el domingo 28 de Octubre la saqueó, un acto que, aunque se llevó a cabo sin derramamiento de sangre, fué sin embargo trágico y lamentable: gran cantidad de romanos fueron hechos prosioneros, las basílicas de los santos destruidas, los altares volcados y partidos en dos, la vírgenes del Señor sacadas de la ciudad, aunque no violadas...toda la población fue expulsada del santuario de los santos lugares y el lugar sagrado se llenó con la presencia sacrílega de mulas, ovejas y camellos. Este saqueo revivió parcialmente los ejemplos de la ira divina escritos sobre Jerusalen"[1].

Según la crónica este hecho significó prácticamente el fin del reino suevo. Sin embargo, hay en esta descripción una referencia que ha pasado generalmente desapercibida para historiadores y comentaristas, pero que en mi opinión, y como he puesto de manifiesto en otro lugar[2], resulta fundamental para la comprensión del pasaje y, sobre todo, para su valoración histórica. Me refieron a la presencia de camellos (*iumentorum, pecorum camelorumque horrore locus sacer impletus*), en el templo de *Braccara Augusta*. Es lícito preguntarse, en efecto, qué hacen estos camellos en *Braccara* :si acompañaban al ejército del Rey visigodo

1. Hydatius, *Chr.* ann. 456
2. J. Arce, El catastrofismo de Hydacio y los camellos de la Gallaecia, in *Los últimos romanos en Lusitania*, Mérida, 1995, p. 221-229

Teoderico o si se encontraban en el lugar. En cualquiera de ambas posibilidades conviene establecer el grado de verosimilitud que se puede atribuir a la noticia o si ella representa la clave para una interpretación distinta de la que se ofrece a primera vista.

¿Conocían los visigodos el camello como animal de guerra o de carga en sus campañas militares? ¿Estaban estos camellos establecidos en Aquitania con el ejército de Teoderico como animales corrientemente utilizados por los godos? ¿Qué hacían los camellos en *Braccara*, en el extremo Occidente, en las lluviosas tierras del sur de la *Gallaecia*, en las cercanías del Atlántico, en el caso de que estuviesen allí? Sabemos que el camello es un animal tremendamente útil para el transporte e incluso para expediciones militares, pero tambien sabemos que requiere una domesticación especial y que se adapta mal a ciertos ambientes y climas. Ciertamente los visigodos, en tanto que eran tribus que provenían en origen de las estepas de Asia Central, no eran completamente ajenos al camello como animal de uso polivalente; pero para el periodo que nos ocupa, y transcurrida la masiva migración hacia Occidente, las noticias sobre camellos en el mundo visigodo son practicamente inexistentes, con una o dos excepciones que se explican como anomalías exóticas[3]. Por tanto, es razonable deducir que la presencia de camellos en *Braccara* fue inexistente y resulta una invención de Hydacio.

Ahora bien; ¿por qué?; ¿a qué obedece en el contexto hydaciano esta mención precisa de camellos en el templo principal de la ciudad donde se habían reunido los fieles buscando asilo ante el peligro del enemigo? Razonablemente el motivo no puede ser otro que el de que el cronista está reproduciendo un hecho bíblico y apocalíptico, cuyo modelo es la profanación del templo de Jerusalen, hecho que está aplicandolo al saqueo de Braga.

Hydacio creía firmemente y escribió toda su obra con la convicción de que el fin del mundo, anunciado en la literatura apócrifa y apocalíptica, sucedería 450 años despues de la Ascensión del Señor, esto es, hacia el año 482. El relato de destrucciones, catástrofes, fenómenos atmosféricos amenazantes y malos presagios, no es mas que una admonición y preparación el gran final que se avecinaba. De hecho, a juzgar por su obra, la humanidad debería estar preparada y el azote de plagas, terremotos, guerras y hambrunas, no es otra cosa que la inserción en su crónica didáctica de la teoria de los cuatro jinetes del apocalipsis en el período histórico que narra, preparación para la determinante Segunda Venida del Gran Juez. Si nos atuvieramos estrictamente a las noticias de Hydacio, el panorama del período tardío fue desolador, afectando por igual a las cosechas y producción de los campos, como a la destrucción de ciudades, emplazamientos rurales y clases sociales. El mundo tardío estaría –según el obispo de Chaves– presidido por una especie de catástrofe universal combinada, en la que tanto la voluntad divina como la acción inmisericorde de los humanos habrían intervenido irremediablemente.

Analizando sólo un episodio con detalle, se puede uno percatar que el historiador de este período debe ser atentamente cauto a la hora de valorar las noticias de catástrofes o destrucciones masivas frecuentemente mencionadas en la literatura de la época, especialmente si se ponen en relación con las causas de la transformación del mundo antiguo. ¿En qué medida

3. Sobre el problema cfr. R. Bulliet, *The Camel and the Wheel*, Harvard, Cambridge, Mass. 1975.

afectaron o pudieron afectar estas al proceso de desintegración del Estado romano en el periodo comprendido entre los siglos IV al VII d. C.? Ciertamente tuvieron en ocasiones importancia decisiva en la despoblación de centros habitados o campos de cultivo, con el consiguiente abandono de la actividad productiva y reducción de la vida económica a mínimos de subsistencia. Ciertamente contribuyeron a la ruina de esplendorosos centros urbanos y a la transformación de su facies urbanística. Pero ciertamente tambien, las catástrofes naturales o las plagas endémicas, tal y como son registradas en la literatura de la época –o que se refiere a la época– fueron causa sólo parcial de estas transformaciones y no tan profundas como pudiera parecer.

Si repasamos la documentación antigua referida al periodo comprendido entre el 400 y el 600, la frecuencia de menciones de terremotos, plagas, hambres y desgracias, es abrumadora. La reciente publicación del Istituto Nazionale di Geofisica de Italia, Catálogo de los terremotos antiguos en el área mediterránea hasta el siglo X d.C.[4], permite ahora hacer comparaciones fácilmente. Para el siglo I d. C., por ejemplo, (e incluyendo las erupciones del Vesubio que sacudieron la zona de Pompeya y Herculano), se registran en la documentación literaria o epigráfica, 30 seismos o maremotos, en las regiones mediterráneas. En el siglo V, o, mejor, para el siglo V d. C. tenemos registrado exactamente el mismo número; para el VI se registran 38; para el I a.C. se registran 24. Estas cifras demuestran, en un superficial primer análisis a) que los terremotos o fenómenos semejantes registrados tuvieron una frecuencia muy similar durante la Antiguedad romana. Demuestran tambien b) que su frecuencia de registro depende, en gran parte, de la abundancia y tipo de fuentes que tenemos disponibles: para el siglo III d.C. la cifra es solamente de 13, lo que se debe de poner en relación con la escasez de fuentes general a todo el periodo, bien sea contemporánea o posterior. Demuestran igualmente c) que el fenómeno de las catástrofes naturales no fue determinante ni particularmente acentuado en el periodo de la antiguedad tardía y, por tanto, que su influencia en el proceso de transformación, empobrecimiento o despoblación, no afectó decisivamente a la historia del período.

Hay que tener presente la ambiguedad de las noticias que se nos han transmitido sobre estos fenómenos. Resulta muy difícil medir la dimensión real de los efectos de estos fenómenos, excepto en casos aislados y particularmente descritos con detalle por los autores antiguos. De las tres fuentes de información que poseemos –literarias, epigráficas y arqueológicas– cada una posee para el historiador sus limitaciones en lo que se refiere a su valoración. Examinemos, en primer lugar, algunos epígrafes.

De poco antes del 374 es un epígrafe procedente de Reggio Calabria, del periodo de Valentiniano, Valente y Graciano Emperadores, que se refiere a la reconstrucción en Reggio de las termas destruidas por un terremoto (*thermas vetustate et terrae motu conlapsas* (cf. AE, 1913, 227). La inscripción continua diciendo que se restauró la basilica con una esplendida decoración de mármol y se añadió a ella un nuevo pórtico, bajo la supervisión del *corrector Lucaniae et Bruttium,* Poncio Atico (*reddita basilica... nova etiam porticu addiecta*). La inscripcion se fecha, por el consulado de Graciano, en el 374; sin embargo esta fecha

4. *Catalogue of Ancient Earthquakes,* vol. I Roma, 1994. Inscripciones y textos citados a continuación están mencionados en este catálogo por orden cronológico.

no es la del terremoto, sino la de la inauguración o celebración de las obras de reparación. El terremoto debió de haber tenido lugar con anterioridad, quizás en 364/5, momento en el que las fuentes literarias se refieren a movimientos sismicos en la región. Hay que observar además que los efectos del terremoto fueron, según el epigrafe, localizados en las termas, que, por otro lado, estaban ya *vetustate conlapsas*, lo que favorecería su más fácil derrumbamiento. El resto de las obras realizadas, mencionadas en la inscripción, no se tienen por qué poner en relación con los efectos del movimiento de tierra, sino que son probablemente resultado de una acción final de reparación originada por el fenómeno sismico.

Otra inscripción, esta vez proveniente del Anfiteatro Flavio de Roma, recuerda para el año 484 o 508, la reparación *sumptu propio* de la arena y el *podium* del monumento que un horrible terremoto habia destruido *(abominandi terrae motus ruina prostravit),* por parte del cónsul Decio Mario Venancio Basilio (*ILS*, 5635). La limitaciones informativas de este texto por lo que se refiere a los efectos reales del terremoto son considerables, porque sólo recuerda la obra evergética del prefecto de la ciudad en un edificio de la importancia del Coloseo, lo que no excluye que haya tenido efectos en otros edificios de la ciudad.

Otro epígrafe de la primera mitad del s. VI recuerda la caida de una estatua de su pedestal en la localidad de Faenza y su posterior reparación para el embellecimiento de la ciudad.

Estos ejemplos permiten hacer unas reflexiones sobre el valor de la documentación epigráfica réferida a las catástrofes. En primer lugar se constata que la mayoría de las noticias que poseemos de estos fenómenos provienen de la documentación literaria. Los epigrafes son muy escasos y muy puntuales. De ellos se pueden inferir solo noticias muy parciales referidas tambien a hechos parciales que no permiten vislumbrar las consecuencias totales o reales de los fenómenos. Permiten, igualmente, observar los comportamientos de reacción de la sociedad o de las autoridades ante los desastres –generalmente se recuerdan reparaciones paradigmáticas y/o urgentes para el mantenimiento de la vida cudadana. Los epigrafes, por otro lado, no permiten fechar las catástrofes, sino que reflejan sólo el resutado posterior, a veces muy posterior, del acontecimiento. Los epigrafes tardorromanos con referencias a reparaciones o reconstrucciones son relativamente frecuentes –por ejemplo en el N. de Africa[5]; pero, si no llevan mención expresa de la causa de la reparación, no es lícito atribuirlas a catástrofes más o menos cercanas en el tiempo de las que tendríamos noticia por otras fuentes.

La documentación literaria es, con mucho, la que más nos informa sobre estos fenómenos y sus consecuencias. Pero ella tambien se presenta de difícil valoración, sobretodo en sus aspectos demográficos o económicos.

Tomemos como ejemplo dos ciudades –Constantinopla y Antioquía– en un espacio de tiempo de ca. 200 años. Desde el año 363 hasta el 583 se registran en la documentación literaria 21 terremotos para Constantinopla; y para Antioquía, entre el 341 y el 587, siete. *Prima facie*, y por lo que se refiere a Constantinopla, se podría pensar que la ciudad y su población deberían haber sufrido tanto en todos los aspectos de su vida ciudadana, económica y social, que parece una contradicción con su papel de gran capital del Oriente romano y las empresas de época justinianea. Pero si nos acercamos un poco más a la documentación y la situa-

5. Cl. Lepelley, *Les cités de l'Afrique romaine au Bas Empire*, 2 vols. Paris, 1979.

mos en la perspectiva de su contexto, todas las noticias referidas a terremotos y calamidades –narradas por cronistas como Malalas o el comes Marcelino o historiadores como Agathias–, alcanzan su verdadera dimensión. Porque, de hecho, muchas noticias son genéricas e inespecíficas y no permiten inferir mas que hubo movimientos sismicos que sirvieron a los cronistas para destacar el aspecto de la respuesta de "la ira divina" por el pecaminoso comportamiento de las gentes[6]. Otras veces el relato del terremoto o la noticia puntual del mismo se hace coincidir con el momento de la Pascua (terremoto del 417 narrado por el Chronicon Pascale, o el seismo del 546 narrado por el cronógrafo Teófanes y por Malalas que "causó la destrucción de Bizancio" y coincidió con la Pascua). Otras veces la referencia a terremotos coincide con la aproximación de fracasos o muertes de Emperadores - caso de los referidos a la época de Juliano (363) narrados, obviamente, *ex eventu* o que funcionan como prodigios que anuncian catástrofes irreparables. Como bien han observado los autores del Catalogo de Terremotos mencionado al principio, "las descripciones de terribles y terrificantes seismos en los historiadores o cronistas no implica que necesariamente fueran destructivos o devastadores". Pero en ocasiones los historiadores son precisos. En el terremoto del 407 se cayeron las tejas de bronce del Foro de Teodosio de Constantinopla; el del 437 tuvo como consecuencia la huida masiva de los habitantes de la ciudad que, no obstante, volvió al poco tiempo a sus hogares. La crónica del comes Marcelino informa que el seismo del 447 en Constaninopla provocó el derrumbe de las murallas recientemente restauradas y la ruina de 57 torres de la misma, asi como varios edificios en el *Forum Tauri*, la caida de estatuas y la muerte de muchas personas. Provocó igualmente la desecación de muchas fuentes, caidas de árboles, y muchas islas quedaron sumergidas y el éxodo de ciudadanos al campo fue masivo. Pero las consecuencias no fueron tan graves: las murallas pudieron ser reconstruidas en 3 meses y la vida ciudadana no se vió profundamente afectada.

Es solamente con ocasión del seismo del 557, descrito por Agathias –y por otros autores– con gran lujo de detalles, cuando se puede pensar con rigor que probablemente esta catástrofe, de daños irreparables, comenzó a afectar seriamente tanto a la vida ciudadana de Constantinopla como a la economia y a la sociedad –por ejemplo, el inicio de la progresiva despoblación. Columnas como la Arcadio, casas –de piedra o de madera–, iglesias, termas, edificios varios, sucumbieron estrepitosamente. Muertes, pánico, huida masiva, hacen que el historiador califique la ocasión como la más horrible sufrida por la ciudad, hasta el punto de que el Emperador Justiniano no llevó la corona durante 30 dias, en señal de duelo y abatimiento.

El bizantinista Cyril Mango[7] ha señalado que conforme nos acercamos al año 500, y en especial a partir de esa fecha, se comienzan a observar signos claros de crisis en Bizancio. Entre estos signos o sintomas señala algunos "puramente fortuitos" como plagas, sequías, terremotos, etc. Y más adelante afirma tajantemente: "Existen pocas dudas sobre el hecho de que las plagas del siglo VI, combinadas con una secuencia de desastres naturales sin precedentes, fueron un factor, quizás un factor determinante, en el colpaso de la vida urbana"[8].

6. Sobre el tema vid. Burgess, R. W. *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana*, Clarendon Press, Oxford, 1993, p. 9 ss.

7. C. Mango, *Byzantium*, Oxford, 1996, p. 66 y 68.

8. *Byzantium*, p. 68-69.

Hemos visto cuánto hay de aleatorio en estas afirmaciones si tenemos en cuenta que lo importante es la capacidad de reacción de la población y, sobretodo, la sobredimensión que dan los autores antiguos a estos hechos. Matizar en cada caso resulta esencial antes de hacer generalizaciones; y el proceso de recesión se observa sobretodo a partir del siglo VII.

Uno de los momentos clave de esta inflexión se ha solido decir que es la peste bubónica descrita por el historiador Procopio (que fue él mismo testigo de los hechos) que se desencadenó en el año 541[9]. Originada en Etiopía, se extendió por via marítima a todo el mediterráneo llegando hasta Hispania y Persia. En Constantinopla la peste duró 4 meses devastadores, y volvió a repetir sus efectos en años sucesivos. La descripción de Procopio es terrorifica y desesperanzadora. La extensión en el espacio, la dramática larga duración de la misma y los efectos devastadores –imposibles de frenar a pesar de los esfuerzos de los cientificos, obispos, preces, procesiones– parece que tuvieron un profundo efecto en las condiciones de vida de la población y, especialmente, en la mortalidad masiva y consiguiente abandono de centros urbanos. Algunos historiadores actuales no dudan en calificarla de "desastre de magnitud sin precedentes"[10]. Otros, como Averil Cameron, aún reconociendo que sus efectos debieron de ser mucho más graves que todas las otras plagas registradas en la Antigüedad, se muestra prudente a la hora de evaluar sus efectos demográficos ante la falta de evidencias epigráficas o papirológicas y previene contra el riesgo de hacer fáciles relaciones entre el declive ciudadano y la peste[11]. Procopio es ciertamente drástico: "Casi toda la raza humana fue aniquilada"[12]. Pero es claramente retórico. Aún asi, se puede leer en las conclusiones de algunos historiadores que como consecuencia de la peste "todas las ocupaciones o profesiones normales se interrumpieron, los precios se triplicaron o cuadruplicaron, se implantó la inanición, se abandonaron los campos y los agricultores que quedaron tuvieron que hacer frente a impuestos superiores sobre las tierras no productivas de sus vecinos desaparecidos"[13].

Una vez más hay que prevenirse contra este catastrofismo. Aún admitiendo los reales efectos de la plaga en la parte oriental –sobre todo en despoblación y sus consecuencias psicológicas– hay que subrayar que sus efectos no fueron tan perceptibles en la parte Occidental del Imperio ni tampoco en el Norte de Europa. Y por lo que se refiere a sus consecuencias, algunos historiadores sostienen que los sobrevivientes gozaron de mayor prosperidad en algunas áreas como resultado precisamente de la plaga, como demuestra la actividad de construcción de Iglesias en la parte oriental durante el período inmediatamente posterior a la epidemia[14]. Un estudio como el de Vincenzo Ruggeri sobre la arquitectura bizantina religiosa del 582 al 867 parece apuntar hacia esa dirección[15]. Otro de los grandes interrogantes –no satisfactoriamente contestados por la investigación– es saber si las consecuencias de la plaga facilitaron la expansión del mundo árabe por los territorios bizantinos

9. Procopius, II, 22, 9.
10. Mango, op. cit., p. 68.
11. Averil Cameron, *The Mediterranean World in Late Antiquity*, London, 1993, p. 123-4, 164.
12. Mango, p. 68.
13. Mango, ibid.
14. Vid. V. Ruggeri, *Byzantine Religious Architecture (582-867): Its History abd Structural Elements*, Orientalia Chr. Analecta, 237, Roma, 1991.
15. Ruggeri, *Byzantine* cit. p. 254 ss.

aprovechando estos momentos de debilitamiento estructural. Nos encontramos, pues, ante una catástrofe sobre cuyas consecuencias los historiadores discrepan fuertemente, pero ante la que necesitamos aún estudios pormenorizados. Si regiones como por ejemplo, la de Constantinopla –quizás la mejor estudiada– evidencian un declive progresivo a partir de este momento hasta el siglo VIII (años 740s)[16], en otras, los efectos no son los mismos. Ante el terremoto del 740 –que destruyó una vez más las murallas de Constantinopla– la población no fue capaz de emprender su reconstrucción y en el 747 el Emperador Constantino V tuvo que repoblar la ciudad con gentes procedentes de Grecia y de las islas del Egeo. Aqui sí que se constatan los efectos; pero no es ni está claramente atestiguado para muchos otros.

El caso de Antioquía es semejante al de Constantinopla. De toda la serie de terremotos registrados para la ciudad, sólo uno, el del 526, en el reinado del Emperador Justino, fue verdaderamente catastrófico y de gran impacto, especialmente porque fue acompañado de un incendio que casó más muertos que el propio seismo. Pero, al poco tiempo, la vida de la ciudad siguió su curso normal.

Terremotos y plagas fueron frecuentes en la época tardía pero no de modo diferente a lo que se registra que había sucedido en periodos anteriores. Podemos decir que fueron una causa indirecta y progresiva de la transformación del mundo antiguo. Los arqueólogos han podido detectar en muchos casos los efectos de estos seismos que afectaron principalmente a edificios y complejos urbanos. En Scytopolis, en San Vicenzo al Volturno, en Roma, y en otras ciudades como Efeso o Afrodisias, hay signos evidentes de derrumbes o resquebrajamientos producidos por los seismos. Muchas veces se observan signos de reconstrucción; en otros casos, las columnas o elementos arquitectónicos quedaron in situ, señal de la incapacidad de la recuperación. La mayor parte de los edificios afectados por estos terremotos –tal y como se deduce de las descripciones literarias– son edificios con cúpulas (termas, ninfeos, pórticos, acueductos y estatuas o monumentos honorarios). La debilidad estructural de este tipo de monumentos favorece su derrumbe y en ello hay que incluir iglesias y basilicas. No tenemos, sin embargo, tantas noticias sobre destrucciones de casas o habitaciones. Ello es debido, en parte, al tipo de materiales de construccion utilizados en estas construcciones y a la poca altura de las unidades habitativas. Este es un factor fundamental a la hora de considerar la reocupación. Los efectos, sin embargo, en los servicios públicos, como acueductos y fuentes, provocaron secuelas posteriores que a veces fueron decisivas para el abandono de los centros.

El hombre tardoantiguo , en general, se puede decir, el hombre antiguo, convivía con las desgracias y catástrofes de la naturaleza como parte de su vida cotidiana. Pero este ha sido (y es) un fenómeno normal en la historia. Prueba de esa convivencia es un texto, la *Vita Sancti Severini*, obra de su ferviente seguidor y admirador, Eugipio, escrita en el 511, en el *Castellum Lucullanum*, cerca de Nápoles, que posee la ventaja de no ser historiografía oficial, ni crónica, sino que esta modelada en el *sermo humilis*, en el género hagiográfico, y que narra, por tanto, los acontecimientos de todos los dias[17]. La *Vita* es un documento extraordinario para conocer las vicisitudes de las pequeñas localidades urbanas y rurales que habita-

16. Mango, p. 78.
17. *Vita Sancti Severini*, ed. Sources Chrètiennes (Ph. Régerat), n. 374, Paris, 1991.

ban la región del Noricum y la Moesia (actuales Austria y parte de Hungría) en la segunda mitad del siglo V d.C. En sus breves páginas describe los efectos de un terremoto (*facto subito terrae motu*) en la localidad de Commagene que originó la huida de la población al campo, pero sin efectos posteriores extraordinarios. Poco más adelante describe los efectos de una terrible hambre en la localidad Fariana (actual Mantern an der Donau), debida a que las naves de abastecimiento no habían podido llegar a tiempo por haber quedado bloqueadas por el hielo en el rio Inn. A ello sigue la descripción de una plaga de langostas que asola las cosechas; y a ello se unen la carestía de aceite para la iluminación, las inundaciones periódicas del Danubio que arrasan poblados y villae, sequías y lluvias torrenciales. No fueron estas las causas del abandono del Noricum por parte de los romanos. Las causas fueron politico-economicas, las excesivas tasas y un verdadero cambio de mentalidad.

Si volvemos a Hydacio y al escenario hispánico quizás entenderemos mejor, despues de lo dicho, el significado de sus referencias. Su visión de los hechos y los acontecimientos está supeditada a una idea preconcebida en la que creía firmemente: el fin del mundo, acompañado de plagas y desastres anunciados en la literratura apocaliptica y que él creía que estaba a punto de suceder. Por tanto habia que adaptarse y preparase a la nueva situación. La familiaridad con el texto hydaciano permite valorar en cada caso sus noticias. Asi, por ejemplo, sus referencias a hambrunas –la del 410, por poner un caso–, o a catástrofes, quedan completamente desvirtuadas y relativizadas si se toman en su contexto. En el 410, señala Hydacio en su Chronica, coincidiendo con la llegada de suevos, vándalos y alanos, el hambre y la muerte se extendieron por la Peninsula. Todo ello no hizo más que confirmar –dice el cronista– que las cuatro plagas anunciadas por el Señor se cumplieron[18]. Nadie puede inferir de este texto que en Hispania hubo un brote de peste bubónica –como algunos han defendido. Máxime si se considera que anteriormente el historiador ha hablado de *pestilentia* en el sentido metafórico, esto es, la *pestilentia* son, para Hydacio, los bárbaros invasores[19]. La plaga en Hydacio son o los barbaros o las catástrofes apocalípticas que vendran o que anuncian el fin del mundo. En la entrada correspondiente al año 442 Hydacio habla de la aparición de un cometa en el mes de Diciembre. Se pudo ver durante varios meses y presagiaba un desastre inminente, especialmente una peste (*plaga*) que afectaría a todo el mundo. La literatura romana esta llena de estos anuncios –Julius Obsequens, Livio, Amiano. Hydacio sigue una costumbre literaria y sobretodo, esta previniendo a su público, no a nosotros.

Para el año 431 Hydacio constata terremotos en Galicia (*terremotus assidui*). No dice nada ni de su intensidad ni consecuencias. Es el único terremoto mencionado para el Occidente en el s. V en toda la literatura. La coincidencia de que la noticia precede a la ruptura del tratado de paz por parte de los hunos y sus correrías por las Galias, legitima al historiador a pensar que estamos de nuevo ante un tópico literario de tradición clásica y cristiana: los grandes acontecimientos deben ir precedidos de anuncios o de fenómenos extraordinarios.

Otros autores, además de Hydacio, hacen referencias a catástrofes en la Peninsula Iberica en el periodo que nos ocupa. Y sus noticias han servido para presentar un cuadro sombrio

18. Hydat, *Chr.* a. 410
19. Burgess, *op. cit.*, p. 9 ss.

y desastroso para Hispania en los llamados siglos oscuros que se suma al ya de por sí negro de Hydacio.

En primer lugar hay que destacar que en la Cronica de Juan de Bíclaro, uno de los historiadores mejor informados que poseemos para el siglo VI, no hay ninguna referencia a terremotos o catástrofes en Hispania. Menciona, eso si, para el año 573, uno de los rebrotes de la peste de epoca de Justiniano en la *urbs regia* (Constantinopla) tomando la noticia de su fuente (*in sede regia mortalitas inguinalis plague exardescit...*).

Gregorio de Tours, recuerda, sin embargo, en sus 10 libros de Historias[20] que una nave, procedente de Hispania, trajo la peste a Marsella en el 588[21]. La noticia no permite saber si Hispania habia sido alcanzada por la peste, porque podría ser sólo la nave la portadora de dicha enfermedad. No obstante, en la entrada correspondiente al año 542 la *Chronica Caesaraugustana* registra la casi total extensión de la plaga por Hispania: *his diebus inguinalis plaga totam paene contribuit Hispaniam*. Esta noticia es de por sí sospechosa. En primer lugar por su referencia cronológica. No está perfectamente claro cuando comenzó a manifestarse la peste en Egipto, si en el 542 o en el 543. Luego se extendió a Constantinopla, y en fases sucesivas se tiene noticias de rebrotes en distiuntas zonas del mediterráneo. Que haya afectado a toda la Peninsula en el 542 parece mas bien una exageración retórica o una extrapolación del autor. El autor de la *Chronica Caesaraugustana* se concentra en noticias locales o, a lo más, de la tarraconense. La inclusión de Hispania como victima de la peste parece una decisión voluntaria del autor ante la noticia generalizadora de la *Chronica* de Victor Tunnonense quien, para el año 542 señala los efectos universales de la plaga: *Horum exordia malorum generalis orbis terrarum mortalitas sequitur...*

Se ha hablado mucho de los efectos devastadores de las plagas de langosta en las cosechas y en otros ámbitos de la economía y la sociedad en la Hispania tardía. Nuestros datos son poco claros. Por un lado hay que observar que, como ya hemos visto en la *Vita Severini*, las noticias de plagas de langostas suelen ser recurrentes en las vidas de santos que milagrosamente habrán de intervenir para poner remedio a la situación. Y en segundo lugar hay que constatar que la noticia de la plaga de langostas en la Carpetania –referida por Gregorio de Tours para el año 583[22]–, va seguida de una referencia claramente apocaliptica: el mismo año, dice Gregorio, numerosos prodigios se manifestaron en las Galias y numerosas enfermedades acabaron con la población. Sin pretender negar la realidad de las plagas de langosta y de sus efectos, no conviene ni es necesario sobrevalorar sus efectos[23].

Los libros corrientes, populares, destinados a edificar y entretener al pueblo en el estilo llano y comprensible del *sermo humilis*, estan llenos de anécdotas de la vida cotidiana[24]. Un ejemplo es la ya citrada *Vita Severini*. En la vida cotidiana las desgracias y los problemas son o forman parte del paisaje de las personas. Malas cosechas, rigores invernales, inundaciones,

20. Ian Wood, *Gregory of Tours*, 1996, p. 1

21. Gr. Tours, *HF*, IX, 22.

22. Gr. Tours, *HF*, VI, 44.

23. L. G.Moreno, El campesino hispanovisigodo entre bajos rendimientos y catástrofes naturales. Su incidencia demográfica, in *Antiguedad y Cristianismo*, Murcia, III, 1986, p. 171 ss. con M. Barceló Les plagues de llagost a la Carpetania, 578-649, in *Estudis d'historia agraria*, 1, 1978, p. 76 ss.

24. E. Auerbach, *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barcelona, 1969.

muertes de ganado, rayos y lluvias torrenciales, son otros tantos fenómenos que se abaten sobre las poblaciones urbanas o campesinas. Dentro de una mentalidad supersticiosa y temerosa, y al mismo tiempo inerme o desprovista para afrontar las dificultades, todos estos fenómenos se atribuyen a la ira divina, se interpretan como castigos por las acciones incorrectas y se espera la intervención milagrosa de los santos.

Las *Vitas Patrum Emeritensium*, redactadas por un diácono de Mérida a comienzos del siglo VII, pertenecen a este género literario –en realidad muy cercano a la *Vita Severini*. En ellas se hacen referencias tambien a plagas y calamidades que, en ocasiones, han sido sobrevaloradas por los historiadores. Está claro que en el imaginario de los personajes de las *Vitas* el evitar el hambre es uno de los objetivos de sus existencias. Sueñan con banquetes opíparos, comen a escondidas en la despensa del convento. Sólo Santa Eulalia les libraba en ocasiones de situaciones límite evitando las sequías. El Guadiana se desbordaba con frecuencia; pero la presteza de los monjes reparaba los daños inmediatamente. Las peste o plagas de langosta tambien llegaron a sentirse en la ciudad. La intervención de la Santa remediaba todos los males y todos los ejemplos estan destinados a destacar su protección y solicitud.

Como resultado de esta rápida visión del tema se puede decir que las noticias de castástrofes naturales que nos ha transmitido la literatura antigua para el período tardío son abundantes, pero no especialmente distintas de las transmitidas para períodos anteriores. Además: el contexto en el que aparecen aconseja la prudencia en su interpretación histórica. Muchas veces se trata de avisos apocalípticos con sentido aleccionador, otras son tópicos literarios que tienen como objetivo destacar la capacidad milagrosa de los santos protectores de las comunidades.

Resulta muy dificil evaluar los efectos reales de estas catástrofes en las sociedades donde sucedieron y en los ámbitos urbanos. La transformación del mundo antiguo se debió a causas políticas y económicas. Las catástrofes naturales desempeñaron un papel relativamente escaso en este problema de tan gran transcendencia histórica.